

do recomendaba: aplíquese este libro en la parte afectada del paciente, la cura puede ser milagrosa». O sea, la literatura como forma del conocimiento y camino para lograr lo que Leopoldo llamó «ascenso del alma por la belleza».

El acopio erudito de la mítica y la historia le sirvió para mostrar que el destino del hombre (aparentemente limitado) es similar al de los prestigiosos dioses que tuvieron el Olimpo por domicilio habitual. Con Leopoldo los parientes de Zeus veían reiteradas sus biografías, sus hazañas y también sus caídas, enmarcados en el paisaje de los barrios de Villa Crespo o Colegiales. Consideraba que la vida argentina era una batalla, una batalla *terrestre* de luchas civiles como lo había sido desde el comienzo de la historia (él lo sufrió en carne propia) pero entendió que ese combate también debía librarse en el plano *celestes*. Y la evolución de ese enfrentamiento muestra como en un espejo el desarrollo de su propia novelística, pero además encierra la metáfora de la historia y el destino del país al que, en el final de su novela póstuma *Megafón*, invita a continuar la búsqueda del falo del protagonista, cortado por manos perversas luego de descuartizar su cadáver, falo que permanecería escondido (todavía) en algún lugar de la ciudad. Marechal suponía (o intuía) que el real sentido y encuentro argentino habría de producirse junto con ese descubrimiento que –a lo mejor– habría de producirse cuando los argentinos aprendieran –como escribió en *Heptamerón*– a no hablar de la *patria* sino a pensar en ella.

Hasta la llegada de Marechal, la patria era para muchos de los miembros de mi generación sólo una entelequia de los actos escolares, los símbolos exteriores y las efemérides resaltadas en los libros de texto. Una palabra que había quedado en manos de personajes vacíos y por lo general autoritarios y despreciables. Leopoldo nos revalorizó el vocablo, nos explicó que no era propiedad sólo de nacionalistas profascistas. «Somos nosotros los que tenemos más derecho a una patria, no ellos, que sólo responden a los mandatos del dinero» decía refiriéndose no sólo a quienes detentaban el poder, sino también a los civiles que apoyaban a los sucesivos elencos militares que gobernaron durante tantos años la Argentina. «*La patria es un peligro que florece*» –escribía en uno de sus más famosos poemas– «un dolor que se lleva en el costado / sin palabra, ni grito (...) La patria es un amor en el umbral, / un pimpollo terrible y un miedo que nos busca: / no dormirán los ojos que la miren» y anotaba «Los hombres de mi estirpe no la vieron: / sus ojos de aritmética buscaban / el tamaño y el peso de la fruta». Y por primera vez la palabra maltratada a derecha e izquierda por internacionalistas o archinacionalistas no nos sonaba a hueco: podía pronunciarse con orgullo.

Por otro lado, la obra de Marechal hubiera sido imposible sin su obstinado ejercicio de la alegría como consigna y forma de vida. Como una manera de librar desde la literatura su personal batalla terrestre (y también la celeste) y salir airoso de ambas. Como testimonio de esa militancia, además de su gusto por la risa que explica en su *Breve tratado sobre lo ridículo*, Marechal ha dejado los versos de la *Alegropeya* cuyo comienzo afirma: «Yo soy el desertor de la Elegía, / el último lloroso y el primer evadido» para recomendar luego: «Si la Tristeza es ya tu inquilina morosa, / échala de tu casa, pero sin altivez. / Le dirás que se lleve su catre y su baúl, / que se ponga su gorro de astracán o de lluvia, / y que se vaya, en fin, a pisar hojas muertas / o a tocar los llorosos violines del hastío». Y por eso exhorta a Elbiamor: «Una vez expulsada la Tristeza, / cuídate de los tristes: / ellos no ven la luz, como no sea/ por el solo agujero de sus flautas».

Este era el sentido de su *Alegropeya*, una exaltación vital, energética, la forma de soportar con sonrisas el maltrato que había recibido de sus colegas por haber apoyado en sus comienzos la gestión de gobierno de Juan Domingo Perón, que lo condenó –como ya dije– a un terco silencio que se mantuvo de manera obstinada hasta 1965, cuando a causa de la aparición de su novela *El banquete de Severo Arcángelo* el valor del libro hizo que los nuevos críticos que ejercían sus funciones en los llamados semanarios de los sesenta lo elogiaron de manera unánime y lo rescataran del robinsonismo que practicaba junto a Elbiamor en su departamento sobre la avenida que –como un tajo– corta a Buenos Aires por la mitad. Pero su independencia de criterio le valdría otros castigos, que pasaré por alto para coincidir con la sonrisa con que Leopoldo juzgaba esas mezquindades, salvo la censura que recibió a causa de un artículo titulado *La isla de Fidel* de 1967, donde después de un viaje a Cuba, se atrevió a tratar de ser fiel a su mirada sobre el régimen castrista. La revista *Primera Plana* debió aparecer con el artículo arrancado porque no había habido tiempo de suprimirlo en la imprenta; y luego su correspondencia comenzó a llegar abierta como acto de intimidación.

Pese a todo, pese a prejuicios e intolerancias hoy casi cicatrizadas, a treinta años de su muerte y a cien de su nacimiento, hay un hecho evidente: han comenzado las traducciones a diversos idiomas y su obra, pese a la extensión y complejidad de sus libros, se actualiza y rejuvenece a cada nueva lectura, como ocurre con los clásicos. Por algo será.



Hombres (1974)